



## **CICATRIZ**

***Carolina Belén González***

Somos lo que sentimos. Esa noche, cuando entré al hospital a rastras obligada por un angelito en vida, como les llaman a los buenos amigos, las doctoras me dijeron que iban a operarme de urgencias por un embarazo ectópico, y sentí miedo. Mucho miedo. ¿Puedo decir entonces que soy aquello que sentía? Mi yo de antes, sin dudas, sí, pero la Carolina de ahora afortunadamente no. A veces las circunstancias que nos atraviesan traen fortuna, incluso cuando la posibilidad de morir nos coquetea en la cara. Todo transcurrió tan rápido... Enamoramiento, sexo, accidente, pastilla del día después, clínicas de aborto, especialistas, numerosos exámenes, ecografías, más estudios, mal diagnóstico, intervención quirúrgica. Ni tiempo de procesarlo tuve. Sólo recuerdo las palabras “vas a empezar a sentirte un po-qui-to dor...” Y ¡pum! todo se fue a negros. Gracias a un error en el sistema de mi universidad aún contaba con seguro social, sino cómo imaginar qué hubiera sido de mí... Aunque pensándolo bien tampoco hay mucho que especular. Lo más probable es que hubiera fallecido sola en mi casita al desangrarme internamente. Es increíble como algo que ni siquiera una sabe que existe puede amenazar tanto tu existencia en este plano.

Mi embarazo estaba destinado a no ser y deduzco que por ¿azar? ¿suerte? ¿circunstancias? yo sí debía seguir siendo. Desde ese día, en que mi óvulo fecundado desgarró mi trompa de Falopio y casi estalla en todo mi interior amagando a crear un caos irreversible, me he reinventado como mujer. No sólo soy una sobreviviente, sino que me he sentido una tremenda afortunada. Ahora tengo una hermosa cicatriz que mimo antes de dormir, la presumo como medalla de guerra. Costó llegar a este punto de aceptación, mirando hacia el pasado debo admitir que estuvo teñido de mucha tristeza, decepción y una rimbombante furia que bufaba “¡¿por qué a mí?!”. Años después, lo entendí. En mi presente, miro hacia adelante con una sonrisa, pocas veces me he sentido tan optimista en mi vida al posar los ojos en el horizonte futuro, ese qué será tan incierto para todas. Mi conquista más grande -a base de tropiezos- ha sido ganarme a mí misma y abrazarme completita fuertemente para estar ahí para mí, siempre, incondicionalmente, acompañándome, cuidándome, y amándome en todas las circunstancias que me toque atravesar.

Ciudad de México, 2021